

Historia de un dólar.

Arreciaba la lluvia, caía uno de esos chubascos tormentosos, típicos de Nueva York, que hacían ruido y mojaban; las gruesas gotas percutían contra las carrocerías de los vehículos, aumentando así su estrépito. El Rockefeller Center, era uno de esos edificios emblemáticos de la manzana podrida, donde cohabitan edificios de oficinas de porte modernista y viejas casas de muros bordados con filigranas, típicos de la arquitectura de principios y mediados del siglo XX, encerraban cierta nostalgia y mostraban una sombría penumbra en los días otoñales, como aquel. En la tercera planta un cartel de neón anunciaba: Corporación Morgan. Decidí dar media vuelta y huir. Al torcer la esquina me encontré con un mendigo negro, alto, de porte digno, representaba unos sesenta y tantos años, pelo blanco ensortijado, me tendió una mano, a pesar de sus harapos era una mano limpia y cuidada. Introduje mi mano en el bolsillo y saqué un dólar nuevo, el digno mendigo extendió su mano, cogió el dólar y ante mi sorpresa el billete se volvió muy viejo y sobado. Inquieto caminé por la sexta avenida hacia abajo. Me dirigía al hotel que Alf me había recomendado, no quería ir a mi suit del Waldorf Astoria Hotel. Necesitaba recuperarme y poner orden en mis pensamientos.

La habitación era pequeña, de una decoración muy funcional en la que apenas cabía el buen gusto, pero yo me sentía bien. Me tumbé vestido sobre la cama y de inmediato quedé sumido en un profundo letargo. Mis dedos trazaban en el aire la silueta de un billete de dólar y mi alma reflejaba el antifaz vacío de mi rostro. Al despabilarme, de madrugada, empecé a reconstruir el sueño que inmediatamente rechacé, el corazón me latía y estaba a punto de saltarme del pecho. Era el instante de los alcohólicos, esa hora en medio de la noche en la que los bebedores y los insomnes se avivan súbitamente, y son conocedores de qué todo ha acabado; en un entendimiento magmático me di cuenta que había dormido vestido sobre la cama y que aquel no era mi hotel. Olfateé la colcha y un desagradable olor a humanidad me mostraba el lugar como un lupanar de amanecer. Volví a enfrentarme a mí mismo y cavilaba: El destino del hombre depende de sus ideas y no de sus actos. Suspiraba rabioso con la frente inundada de un sudor frío. Ya no podía conciliar el sueño; aletargado rechacé la mirada sobre el reloj,

tenía una extraña sensación: las agujas marcaban las cuatro, luego las tres, a continuación las dos, como no queriendo saber cuántas horas quedaban para el alba; mi corazón sentía deseos de desertar, pero a donde huir, estaba recluso en un rincón de mis pensamientos.

Ahora recordaba el sueño que me perseguía que al convertirse en realidad hizo que perdiese la razón. ¿O en realidad hizo que la recobrase? Estaba sentado tras un muro de quietud, era un subalterno del banco de mi padre. El día se parecía al anterior y la noche reproducía a la siguiente. La rutina era lenta, como si mis recuerdos, deliberados, se hubiesen propuesto demostrar que podría escaparme. Los escenarios y las conjeturas fluían delante de mí, yo era uno de los cajeros de la Corporación Morgan, me consideraban un vegetal inofensivo que tan sólo despachaba billetes de un dólar sin usar. Antes de cerrar siempre aparecía un mendigo negro, lo veía como si fuera desde muy lejos, envuelto en las postreras luces de la tarde, que se encendían escalonadamente, para no estropear el color de la noche; recordaba su esbeltez, apoyado en el mostrador del banco, fumando colillas de espaldas a mí. Se parecía al excelente, pero fallecido, actor Morgan Freeman. Justo debajo de mis pies los billetes nuevos de dólar fluían en dos direcciones opuestas, dos corrientes antagónicas que conducían a la sin razón. A veces mi memoria afloraba como una vibración tenaz, que se concentraba y me mostraba a los poseedores del dólar que yo le había dado al mendigo, al cabo de un rato el mendigo reaparecía, me mostraba el sobado dólar y se reía de mí. De repente se hacía de noche y el dólar lo tenía una prostituta que no quería entregárselo a su chulo. Al amanecer la mujer embriagada por las vacilaciones de saberse poseedora de un dólar mágico, disfrutaba de ese trance que extinguía el último destello de la cordura, pero el chulo la mataba. En la morgue su cuerpo estaba frío, pero sus ojos se movían con urgencia en aquel silencio de anchos muros. Soledad en los pasillos. Entre los formoles desamparo. Caras perdidas de los muertos que impregnan las sombras; el mendigo lo observaba todo con una sutil sonrisa, un tenue hálito acariciaba el dólar y esparcía insólitos rumores, susurrando penetrantes y turbias indulgencias. Una brisa que inspiraba una vigorosa alucinación arrancó el dólar del bolsillo de la prostituta y superando el umbral de la morgue levantó el vuelo; la muerta contenía el aliento y veía como el dólar se alzaba en la oscuridad y desaparecía y volvía a florecer. Después del forcejeo con las almas, la cuadratura del círculo difundía los cuerpos en el espacio y el dólar, aprovechando las sinergias antagónicas que transitaban entre los cuerpos sin vida, describía órbitas imperceptibles para los sentidos, que tan sólo podía captar el mendigo; pero en una intención abstracta el dólar llegó hasta el cepillo de una iglesia presbiteriana, se introdujo por la ranura y se

llevó todos los billetes con él. Yo lo veía todo desde un sueño dentro de otro sueño. El anaquel y su sombra. El lápiz y el papel. El tufo de mi cuerpo y mi nimiedad. La levedad y mi aliento. El pliego y el crujido del billete de dólar. La lámpara y su cono de luz desvaída en el retablo. El dólar y el cristo negro con la cara del mendigo. Las horas se sucedían, a las doce de la noche la luz mortecina machacaba los techos, iluminaba la nave de la iglesia y el dólar se iba chispeando avaricia sobre las viejas tejas de las iglesias. Justo hasta ahí, en la frontera de las sombras, la luz blanca se introducía por una estría y el dólar, enhebrando un lenguaje mermado de ambigüedades, huía por los deslindes cuadrangulares de la noche. Ahora el billete se posaba en el regazo de una colegiala de ojos azules, que estudiaba en la biblioteca pública, al intentar acogerlo fue expulsado por la luz. Al salir se volvió a encontrar con el mendigo que estiró su brazo hacia la noche y con una mano irreverente se apoderó del billete. El mendigo agradecido apartó la medialuna de las estrellas. Después agitando el viento, vio como la adolescente parecía llorar, sí, llorando en silencio, atrapada en la distancia por una luz mortecina que le impedía identificar por qué. El dólar caía y enseguida volvía a levantarse resollando como un animal que corría desesperado hacia el horizonte, demasiado tarde, los pensamientos de la niña de ojos azules, mostraban a un varón de cuarenta años abusando de ella que sin consuelo gritaba huyendo: ¡No padre, no! ¡No lo hagas!. Toda la escena era despiadadamente oprimida por el fuerte olor salobre de las lágrimas, por la fetidez de penes podridos y por el tufo pestilente que desprende el semen del estupro. El crucifijo de la pared de la iglesia. La ignominia. El subconsciente. La furtiva proximidad de la muerte. El olor de las oscuridades limítrofes.

Ahora el dólar transitaba tras el alma de un hombre flaco e indefenso que apoyado sobre una muleta se erguía sobre un barrizal, blandía furiosamente la otra muleta hacia el cielo, renegando, al mismo tiempo que describía enmarañadas espirales en el aire; ya cansado dio media vuelta y se desplomó sobre el dólar. Era el alma de mi difunto padre: el todo poderoso Edward Morgan I. Una oscura zozobra se había abatido sobre mi vida. Hablaba solo y veía como la luz del crepúsculo se extinguía en las inmediaciones de un manicomio, las farolas, perplejas, se encendían escalonadamente, envueltas en una oscuridad mortecina que hacía enloquecer a los cuerdos y estos, con sus gritos, hacían macular la noche. En la oscuridad invisible y a mis espaldas, mi difunta madre estaba detenida pocos pasos más allá de la noche, yo sin mirarla, la recordaba, pensativo, casi desesperado, fumando en silencio, la luz fracasaba incandescente y dos corrientes contrapuestas sellaban mi incompreensión.

Comenzaba a llover, una lluvia fría susurraba sobre mis grasientos cabellos y se introducía por las fisuras de mi cráneo, lavando mi cerebro y clareando mis pensamientos. Los recuerdos fluían veloces. Las colinas se oscurecían poco a poco y se sumergían mansamente en el mar. Un tren lejano soltaba un alarido de dolor, iba vacío, no había almas, ni tan siquiera cuerpos, sólo dólares infelices de la Corporación Morgan. En ese momento, el sueño dentro del otro sueño, lo irrumpía todo siseando constantemente; pero yo ya no recuperaba mis recuerdos, se los había llevado el dólar viajero que ahora lo tenía un alárabe, allá, en Bagdad, que se lo mostraba amenazante a un mercenario amigo, al que aún no conocía, y se llevaba por delante su vida, cuando la locura intentaba saltar fuera de su sombra.

Me despertó el transistor. De repente el otoño había desaparecido, Nueva York presentaba su cara invernal, era un invierno crudo, de esos que matan. Lo apagué. Mire el periódico que había sobre la mesilla de noche: "Diez de marzo de dos mil treinta y ocho. Agencia Wost. Ante la carestía de alimentos, el Consejo de la Naciones Unidas decide reabrir los pozos de petróleo para transformar el crudo en aceites comestibles y alimentos sintéticos. Los olivares se talarán, las viñas serán arrancadas y en su lugar se plantarán alimentos transgénicos de alta rentabilidad; con la única excepción de las viñas de los grandes caldos destinados a elaborar vinos para las grandes reservas". Deprimido decidí dormirme.

Doce de la mañana, no había probado bocado desde la comida del día anterior, como si hubiese resuelto ayunar a propósito, pero fue tan sólo por haber enterrado el hambre; tras el descalabro en la lucha, la desgana se había apoderado de mí, fui a la ducha con desdén, estaba deprimido, como si estuviese dando palos de ciego, me sentía como una quincallera hurgando en la basura de los recuerdos. En mi alma no había ni un rescoldo, o un ascua ardiente, ni siquiera esa penumbra rojiza con que se despide el sol antes de hundirse en el mar por poniente. El aviso que había recibido del inspector Alf, no dejaba lugar a dudas, me confirmaba que debería pasarme mañana a las doce por la comisaría, notaba como si me faltara el aire en las entrañas.

Al acercarme a la puerta de la comisaría, a pesar de ser mediodía, la noche desplegaba sus alas y avanzaba con paso decidido envolviendo calles y callejones; hasta mis oídos llegó una voz desgarradora que cantaba una canción con una cadencia o hechizo de lupanar de amanecer y con una turbiedad que no pertenecía a las sombras reales; en aquella gélida noche de invierno una espesa bruma se había instalado en las calles, la niebla sacudía, con fuerza, mi nostalgia y el silencio amordazaba mi intimidad, escondiendo ese grito que surgía del fondo de mi mutismo. Solía saber más de los demás, pero era desconocedor de mi propio ser;

indolente, dejaba que el tiempo me guiara y me cobijase en una penumbra opaca que sobrevivía a espaldas de mí mismo. Otra vez el dólar me arrastraba por tortuosas callejuelas, alumbradas con destellos metálicos de un gris plomizo que encendían mi rostro, amansaban el tiempo y la vida, y, me ensamblaban en otro cosmos donde el vacío se curvaba eclosionando delante de mis pasos y de mi mirada. El dólar ahora sí había envejecido, mostraba: manchas de sangre, de semen, de heroína y, sobre todo, de avaricia. Estaba podrido como la gran manzana de Nueva York.

Apenas unas manzanas más allá, cerca de la avenida Flatbush, Brooklyn se convertía en otro continente: era el territorio de las Antillas Caribeñas, de las mujeres cimbreantes y permisivas, la música reggae, de ritos vudús y de comida especiada. Y allende continuaba la ruta alrededor del globo: había un Brooklyn italiano, polaco, yemení, senegalés, paquistaní, dominicano, mexicano, ruso, chino... Todas las banderas cabían en aquel singular planeta, su capital era Williamsburg, su moneda el dólar nuevo; barrio de las galerías de arte, de los restaurantes de moda y de los garitos alternativos; para muchos el nuevo Village. Esta área de Brooklyn comenzó a germinar a principio de la década de los noventa, cuando artistas de todos los pelajes emprendieron el exilio hacia este lado del río, incapaces de asumir los desorbitados alquileres de Manhattan, siempre omnipresente el dólar. En la actualidad, los vecinos de Nueva York se acercaban hasta aquí para pasar un rato divertido e ir a la caza de las nuevas tendencias, y por la noche, si querían el autógrafo de alguna estrella del rock, no había más que acodarse en la barra del Northsix o el Galápagos y esperar. Quizá los rascacielos de Manhattan sean muy altos, pero a Williamsburg no le hacen sombra. Desde lo alto se ve a los neoyorquinos como minúsculas partículas de trigo y una bruma de almas se elevan al infierno.

B&B on the Park es un hotel de ocho habitaciones construido en mil ochocientos noventa y cinco. Las ornamentadas estancias conservan el romanticismo victoriano. 113 Prospect Park West. No era consciente por donde había transitado para llegar hasta aquel hotel, era un edificio muy extraño; entré, no había recepcionista, cansado y harto de esperar me dirigí a las habitaciones, estaban todas vacías, oscuras y llenas de telarañas, fui abriendo, una por una, todas las puertas hasta que encontré una habitación muy luminosa y pintada en un color pastel; era, sin duda, el dormitorio de un anciano. En la pared del fondo perfectamente ordenadas en una estantería había multitud de vetustos objetos, deseados en mi infancia, y nunca acariciados. Me acerque hasta la ventana y cual no sería mi sorpresa al observar que era una ventana falsa, pintada en la pared, mostraba un bello jardín con un estanque en el centro iluminado por una luna llena.

Al rato me sentí perdido, me tumbé vestido sobre la cama, percibí como el sucio velo de la noche se incrustaba por cada escondrijo del dormitorio y salteaba mi alma como un siniestro ladrón. Deshice el nudo de las sábanas que me aprisionaban, ansié levantarme, pero un malestar profundo me dominó; un agudo dolor recorrió mi cuerpo desde mis sienes hasta mi maltrecho corazón. En aquel instante, el pasado se presentaba aparatoso y confuso, preñado de recuerdos ambiguos que intentaban fluir memorables e indignos en mi mente. Mis recuerdos eran como ausencias, una desazón y resaca en mi boca reclamaban el remedio a tanto dolor. Torpemente tanteé la mesilla de noche hasta que pude dar con la pera, por un momento dudé, pero encendí la lámpara y un lacerante fogonazo dejó mi alma al descubierto. Me levanté y observé la habitación, ahora estaba vacía, en una esquina, en el suelo dos botellas huecas y un vaso con restos de agua, que seguramente eran posos de hielo. El vacío de aquellas botellas me colmó de una angustiada sensación de impotencia. Me acerqué al baño, me enjuagué la boca, al incorporarme, mi cabeza se tropezó con el espejo. ¿Era yo aquel reflejo que me era devuelto? Un hombre cansado y abatido... ¡no, no era posible que en tres días hubiese envejecido tanto! Me había convertido en un hombre de pocos trazos. Supuse que sí, aunque tenía la piel en blanco. Tampoco me importaba si yo era aquella imagen o cualquier otra. No tenía fuerzas para pensar. Mis cavilaciones eran como una espiral. Un sueño dentro de otro. Volví al dormitorio, mi mirada se perdió entre los vetustos objetos de mi difunto padre, que habían regresado, me acosté en la cama, mi sueño era muy irregular, constantemente me despertaba y volvía a dormir.

Las pesadillas se apoderaron de mí; me levanté y confuso salí del dormitorio, avancé por el pasillo hasta la puerta de la calle. Fuera no había nadie, sólo la noche, y un extraño hálito confundía a los árboles convirtiéndoles en amantes. Puede que huyera, aunque no sabía de qué. Comencé a caminar calle abajo. Anduve un largo trecho hasta que cansado dejé de consolarme. Me detuve frente a una antigua villa en ruinas. La cabeza me acongojaba. Me arrimé al vetusto cercado que asediaba la casa y aceché a través de él. Un desamparado jardín reposaba, acechado tan sólo por la luz de la luna. Me introduje, a través de un hueco de la valla, en la indomable espesura, llegué a un hermoso estanque en donde la luna llena se bañaba en sus envejecidas y olvidadas aguas. Era igual a la imagen que mostraba la ventana falsa pintada en la habitación. Ahuyenté mi mirada del agua y la contuve receloso en un pequeño perfil, que aparecía inanimado flotando en el estanque: Era el dólar nuevo. Me aproximé sigiloso y sin separar la vista del dólar. Hubiese querido expresar algo, pero no tropezaba con palabra alguna en mi cabeza, tan sólo hallaba sufrimiento. El dólar se convirtió en viejo y

comenzó a susurrar incomprensibles voces, como si hablase con la noche, se reía de mí mientras nadaba en las plateadas aguas del estanque. Me aproximé un poco más, sin hacer apenas ruido, pero la voz del mendigo me sobresaltó:

—¿Tú también lo buscas?

—¿El qué?— La interrogué sorprendido.

—¿El dólar mágico?

Sólo humo y cenizas quedaban. El viejo mendigo estaba allí pero era invisible. Noté como las piernas me flaqueaban, me apoyé en la fuente y respondí pesaroso:

—En mi vida sólo hay dinero...

—Donde hay dinero no hay amor. Y yo lo he perdido... aunque lo sigo buscando con toda mi alma.

—En mi vida no hay amor, sólo dinero.— Le insistí con voz destemplada.

—¿Crees que algún día hallaré el dinero? Lo busco, pero no lo encuentro. Debe ser muy escurridizo.— Dijo el mendigo afligido.

Bajé la mirada y tropecé, tan sólo, con unos ojos tristes, sin cuerpo. De inmediato arribaron a mi alma recuerdos de llagas de amor sin cicatrizar. No pude contestarle.

—Me dijo que me amaría siempre.— La voz del viejo mendigo era ahora como un murmullo. —Pero la he perdido. ¿Sabes tú en donde está mi amor?

Me miraba fijamente, ahora mostraba todo su cuerpo, pero sin ojos, era un anciano de pelo blanco, seguía pareciéndose a Morgan Freeman, a pesar de su ceguera tenía una mirada inteligente, su humedecida ceguera chispeaba más que la luna.

—¿Tú por qué no demandas amor? ¿Has dejado de amar?— Me volvió a preguntar cabizbajo.

Miré hacia atrás y me di cuenta de qué tan sólo una vez, en toda mi vida, había caído en la hoguera del amor, hacía ya mucho tiempo de aquello, tenía de aquella diecisiete años. Fuera de mí le contesté:

—¡Yo no poseo el amor!— Fue como un grito preñado de desconcierto. Unas ácidas lágrimas no brotaron de mis ojos, pero notaba como corroían mi alma.

El viejo se acercó a mí, me acarició la mejilla, me apretó con fuerza la mano y canturreó algo, muy melodioso, que no pude entender. De repente se encaró conmigo y me reprochó:

—¡Toma tu dólar!

—¿Qué... ? —Apenas pude balbucir.

El sobado dólar en mis manos se volvió nuevo, como recién salido del banco. El anciano mendigo sonrió y me estrechó con fuerza la mano apretando el billete. Sentí como una ola de felicidad embargaba todo mi ser. Yo seguía llorando lagrimas inexistentes y mi pesar me abandonaba. Miré al agua de la fuente, que ahora se

mostraba indeleble, y vi como en ella se reflejaba la imagen de millones de dólares aprisionados por el precoz abrazo de la avaricia.

—Desde ahora, lo quieras o no estaremos juntos eternamente.— El mendigo, sonriendo me señaló con el índice y apostilló. —No obstante he meditado frecuentemente sobre la muerte y encuentro que es el menor de todos los males, aunque nos deja con los ojos cerrados y la voz en suspenso.

Clausuré los ojos y aunque no podía llorar, lágrimas ácidas resbalaban por mi rostro. De repente abrí los ojos: ¡Todo había desaparecido! Había sido un sueño. Desperté en la penumbra de un vagón del metro, no estaba solo, me acompañaban aquellas botellas huecas, las del sueño, no sabía como habían llegado hasta allí, lo que, sin duda, evidenciaban mi desaliento. Mi cara ahora sí que estaba inundada por desesperadas lágrimas. No recordaba haber llorado en toda mi vida, ni tan siquiera cuando mi indigno padre me pegaba con el cinturón. Aunque la noche que le abandoné, mis ojos no lloraron, pero sí lo hizo mi corazón.

Perdido caminé hasta el otro lado del East River, en mi soledad buscaba gente guapa, allí se daban cita artistas, ejecutivos y decenas de razas. Por eso el barrio tenía consideración de planeta. Si Manhattan asalta al visitante con seductores escarpatos a cada paso, en Brooklyn los tesoros hay que buscarlos. Es la diferencia entre pescar con red de arrastre o con caña. En la otra orilla del East River, se levantaba una Nueva York horizontal y de ladrillo rojo ajena a los grandes titulares de las guías turísticas. El Planeta Brooklyn, como lo llaman sus habitantes, es más cool y es un crisol multiétnico en el que se hablan noventa y tres idiomas y conviven cuarenta nacionalidades. La diversidad ondea en cada esquina y no se limita a la procedencia de sus gentes. En este enorme distrito, también se dan cita la última vanguardia del arte, la burguesía ilustrada y, cómo no, las noches más canallas, todo en un registro íntimo y auténtico, sin concesiones a la galería; mientras los flashes se disparan, al otro lado del río, sobre sonrisas estucadas, por estos lares simplemente se vive. Allí todos son desconocidos hasta de ellos mismos: "Conócete a ti mismo". Se dice que estas palabras estaban inscritas en la puerta del templo de Apolo en Delfos. Posteriormente fueron adoptadas por Sócrates. En Nueva York no existen.

Anocheceía sobre Manhattan. Sentía como el frío atenazaba mi alma; crucé las solapas de la americana, en un baldío intento de combatir el frío y la soledad, pero la niebla me asediaba recordándome mi pasado. Arrastraba los pies, cuarenta y pocos años malvividos, eran una pesada carga para mi conciencia, el recuerdo del dólar ahora se mostraba indeleble. Que paradoja, la mayoría de los hombres, entre los que yo me encontraba, no sabiendo que hacer en esta vida, deseábamos otra que no tuviera

fin, aunque sabíamos que la vida era un viaje sin retorno. De repente una voz me despertó de mis pensamientos.

—Hola.

—¿Quién eres?— Le pregunté sobresaltado.

—Soy la niña de ojos azules de tu sueño.

—¿Qué quieres?

—Nada hablar contigo, me he marchado de mi casa, mi padre lo quería hacer otra vez y como no quise me pegó.

—Es de noche. ¿No tienes miedo?

—No la noche es como un puñal que transita por el tiempo, se te clava en el alma y se convierte en un manto que no se arriesga a mudar de color, hasta que la alta noche, cuando se convierte en la rumorosa y misteriosa madrugada, atrapa a la mancillada.

—¿Y no te sientes sola?

—No, ahora la noche es mi amiga, me vela y me mimica con su silencio, con un celo y juramento del guardián de amanecer, hace un alto en sus pensamientos para escuchar el latido de mi corazón.

—Por cierto. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—¿Y no tienes miedo? Ahora no está tu guardiana.

—Siempre está, aunque tú no la veas, sus ausencias resuenan como una misteriosa caracola, que se sobrecoge ante el vuelo helador de los pensamientos impuros que pueblan la abandonada noche hiriendo el tenue aroma de los recuerdos.

Miré al cielo y la luna no había salido, aquella noche las calles de Manhattan se cubrían con el negror agreste del luminoso estupro; se palpaban los pensamientos que se confundían con el desvarío; resonaba una voz fundida con la noche misma, un leve susurro a barrotos dejaban caer su plomizo aullido más allá del horizonte pagano de los malos recuerdos. Era la alta noche, que movía las paredes y el suelo se desplomaba bajo nuestros pies; los pensamientos aflojaban y dejaban entrar el misterio que amamantaba mi espíritu errabundo con un sonoro silencio. El compasivo crepúsculo se ensanchaba antes de que llegase el día y rompía esa frágil cortina de seda que envolvía mis inútiles deseos. La niña, ante mi silencio, me miraba con ojos lánguidos. Le pregunté:

—¿Y se puede saber a dónde vas a estas horas?

—A ver a mi mamá.

—Y dónde está.

—En el cielo.

—Niña.— Se me puso la piel de gallina y sólo pude añadir. —

¿Cómo te llamas?

—Yasmina.

—Es un nombre muy bonito, como tus ojos.

—Adiós señor.— Me dijo adiós con la mano y desapareció.

Los sueños me habían conducido por los caminos de la noche, en ella cohabitaba una enamorada luna llena, rodeada de lobos aullantes. Búhos y hachas ensangrentadas. Bosques inanimados y avaricia. Asesinato y dólares. Estupro y lascivia. Una vez más, antes del alba, las llamaradas del sol naciente arrojaban su hechizo sobre el mar oriental, como si una orgía diáfana estuviese llegando a su fin, en alguna parte, en ese preciso instante, mi sueño se disipaba gradualmente, a lo lejos, mas allá del escabroso horizonte de nuestras almas.

No era imprescindible cerrar los ojos para invocar al sueño; alucinaba despierto, ausculta a medio tumulto las voces más crudas de los recuerdos oníricos, o aquellos vocablos con acentos que podían fingir el sonsonete del desconsuelo; yo era como un doliente que sonreía con el arrebatado de un reencarnado. Locura de amor, pleonasma, el amor es ya una locura; sentía un amor frío, un frío inmenso y despiadado que no era más que soledad, pero mi mente añorante me llevó volando por los limbos fronterizos de la infelicidad; ahora soñaba insomne con los ojos abiertos, quizás era la sinrazón por la que no había vuelto a amar a nadie; con los ojos hendidos, los sueños eran más paradigmáticos, nada idealizaba más el sueño que la contemplación de un ser amado.

Volví a ojear el periódico: treinta de diciembre de dos mil cuarenta y tres. Era el mismo periódico que había ojeado la noche anterior y ante mi sorpresa la fecha databa de cinco años después. Agencia Wost. La ONU concede al ciberespacio la categoría de séptimo continente. Más abajo otra noticia llamaba mi atención: Se institucionaliza el vertido de cerebros al ciberespacio, tras la muerte de los individuos, para que se conviertan así en entidades autónomas. Y en la contraportada otra noticia que me horrorizaba. Está previsto que el año que viene se anuncie el nacimiento de Beethoven dos a partir de una clonación.

A pesar del ser el presidente de la todo poderosa Corporación Morgan, comprendía que me había sorprendido el fracaso y me obligaba a batallar con mis silencios, que como la mala hierba, germinaban en mi interior. En este instante el pasado se presentaba suntuoso y confuso, recuerdos ambiguos fluían memorables e indignos en mi mente, eran como rocas imantadas que me aprisionan bajo el influjo de los veleros del subconsciente: era tiempo de luna de las hojas muertas. Llovía y como de costumbre me había olvidado de ponerme la gabardina, sentía como el frío y la lluvia atenazaban mis huesos; apreté el nudo de la corbata, en un intento baldío de combatir la baja temperatura, pero toda incomodidad desapareció cuando divisé la reconfortante luz plomiza que iluminaba la niebla y asediaba a la Estatua de la Libertad. A mis pies se encontraba el billete de dólar, ahora volvía a estar

completamente nuevo, le miré despectivamente, a pesar de su aspecto nuevo mostraba la malicia de su mala vida. Miré al cielo, aunque estaba completamente despejado no se veían las estrellas, el mendigo al apartar con su mano las estrellas de la luna se las había quedado para siempre. Decidí abandonar la Corporación Morgan, tres mil millones de dólares, Nueva York y ausentarme de la vida, sin nada, en busca de mi propio destino.

Caminaba sin rumbo. Sin darme cuenta había entrado en una iglesia, me encontraba ante el altar mayor, aún perfumado por el incienso y por las flores de la mañana y cuyas vislumbres chispeaban en las tinieblas; el altar, centro de la fe, trono de caridad, refugio de la esperanza, esplendor pródigo del consuelo, amparo del descaído, atraía mis ojos, en el centro un cristo negro escultural con la cara sonriente del mendigo. Ante el tabernáculo ardía una lámpara, solitaria guardiana del sagrario, sin más objeto que alumbrar, porque la luz es el conocimiento de Dios y arde como el amor, es silenciosa como el respeto, alegre y tranquila como la esperanza, pero de repente el dólar nuevo bajó de los cielos y comenzó a planear; transportaba destellos y reflejos de la avariciosa luz vaticana que recortaban y abrillantaban algunos puntos salientes de las borduras y acariciaban con avaricia las molduras del dorado retablo, dándoles una apariencia fantástica a mis ojos que velaban en un religioso insomnio. Allí nada distraía mi mente: aquella completa inmovilidad, aquel no interrumpido silencio, formaban como una suspensión de la vida, que no de la muerte, que no es el sueño, pero que tiene de aquella, la solemnidad y de ésta, la dulzura. En aquel instante supe que el mendigo, y, el viejo y nuevo billete de dólar jamás me abandonarían.